

I

Los Rangers (los soldados de infantería ligera conocidos como Eleven Bravo en la nomenclatura oficial del Ejército de Estados Unidos) son, en teoría, tropas impecables y «bonitas», de impoluto uniforme y cara bien afeitada. Hacía algún tiempo, sin embargo, que el sargento primero Sam Driscoll ya no respondía a esa descripción. El concepto de camuflaje abarcaba a menudo mucho más que un traje de faena estampado. Bueno, un traje de faena, no: porque ya no se llamaban así, ¿no? Ahora se llamaban «uniformes militares de combate». *Y qué más da.*

La barba de Driscoll medía diez centímetros de largo y tenía tantos mechones blancos que a sus hombres les había dado por llamarle Santa Claus, lo cual resultaba exasperante para alguien que apenas tenía treinta y seis años. Claro que cuando la mayoría de tus compañeros tienen de media diez años menos que tú... En fin, podría ser peor. Podrían llamarle «abuelo» o «carcamal».

Más le molestaba aún llevar el pelo largo. Lo tenía oscuro, greñudo y grasiento, lo cual era muy útil allí, donde la población local rara vez se molestaba en cortárselo. La barba, áspera y desaliñada, era un elemento importante de su disfraz. Su atuendo era absolutamente autóctono, y lo mismo podía decirse del de su equipo. Eran quince en total. El comandante de la compañía, un capitán, se había roto una pierna al dar un mal paso (en aquel terreno sólo hacía falta un traspié para quedar fuera de combate), y estaba sentado en la cima de un cerro esperando a que le evacuara el Chinook, junto con uno de los dos asistentes sanitarios del equipo, que se había quedado con él para asegurarse de que no se desmayaba. Eso dejaba a Driscoll al mando de la misión. A él no le importaba. Tenía más experiencia en combate que el capitán Wilson, aunque éste tuviera un título universitario y él no hubiera conseguido el suyo aún. Cada cosa a su tiempo. Todavía tenía que sobrevivir a aquel despliegue; después podría volver a sus clases en la Universidad de Georgia. Tenía gracia, pensó, que hubiera tardado casi tres décadas en empezar a cogerle gusto a los estudios. Pero qué diablos, mejor tarde que nunca, pensó.

Estaba cansado, con ese cansancio que embotaba la mente y molía los huesos y que tan bien conocían los Rangers. Podía dormir como un perro

encima de un bloque de granito, con la culata de un fusil como única almohada; sabía mantenerse alerta cuando su cerebro y su cuerpo le pedían a gritos que se tumbara. El problema era que, ahora que andaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, notaba un poco más los dolores y las agujetas que cuando tenía veinte años, y le costaba el doble desprenderse de los calambres por las mañanas. Claro que la sabiduría y la experiencia compensaban con creces esas molestias. Con los años había descubierto que, pese a ser un tópico, era cierto que la mente se imponía sobre la materia. Había aprendido a neutralizar en gran medida el dolor, una habilidad que resultaba muy útil cuando uno comandaba a hombres mucho más jóvenes, a los que sin duda las mochilas les pesaban mucho menos que a Driscoll la suya. La vida, se dijo, era un toma y daca.

Llevaban dos días en aquellos cerros, siempre en marcha, durmiendo dos o tres horas por las noches. Formaba parte del equipo de operaciones especiales del 75.º Regimiento de Rangers, con base permanente en Fort Benning, Georgia, en cuyo bonito club de suboficiales se servía rica cerveza de barril. Si cerraba los ojos y se concentraba, le parecía saborear aún la cerveza fría, pero aquel instante pasaba velozmente. Tenía que concentrarse en el presente cada segundo. Estaban a cuatro mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en las montañas de Hindu Kush, en esa zona gris que pertenecía al mismo tiempo a Afganistán y a Pakistán y a ninguno de los dos, al menos para la población local. Las líneas de los mapas no creaban fronteras, Driscoll lo sabía, y menos aún en territorio apache como aquél. Había comprobado su GPS para cerciorarse de su posición, pero la latitud y la longitud no importaban gran cosa en aquella misión. Lo que importaba era adónde se dirigían, y no dónde quedaba en el mapa.

La población autóctona ni sabía de fronteras, ni falta que le hacía. Para ellos, lo que contaba era a qué tribu pertenecías, de qué familia eras y a qué vertiente del islam te acogías. Allí, los recuerdos duraban cien años y las historias muchos más. Y las rencillas muchos más aún. Los habitantes de aquellas tierras alardeaban aún de que sus antepasados expulsaron a Alejandro Magno del país, y algunos recordaban todavía los nombres de los guerreros que vencieron a los lanceros del macedonio, que hasta entonces habían conquistado todos los lugares en los que se aventuraron. Pero sobre todo hablaban de los rusos, y de cuántos habían matado, casi siempre en emboscada, algunos a cuchillo, cara a cara. Se sonreían y reían abiertamente al contar esas historias, leyendas transmitidas de padres a hijos. Driscoll dudaba de que a los soldados rusos que lograron salir de Afganistán aquella experiencia les hiciera mucha gracia. No, señor, aquélla no era gente amable, y él lo sabía. Eran tan duros

que daban miedo, curtidos por el clima, por la guerra y el hambre, y por el simple hecho de intentar sobrevivir en un país que la mayor parte del tiempo parecía empeñado en matarte. El sargento primero sabía que debía sentir cierta compasión por ellos. Dios les había repartido malas cartas, nada más, y quizá no fuera culpa suya, pero tampoco era culpa del suboficial, ni asunto suyo. Eran enemigos de su país, y los mandamases les habían señalado con su vara y habían ordenado «id», y allí estaban ellos. Ésa era la pura verdad, lo único que importaba en ese momento: la razón de que estuvieran en aquellas puñeteras montañas.

Un cerro más, ésa parecía ser también otra verdad decisiva, sobre todo allí. Habían recorrido quince kilómetros a pie, casi todos ellos cuesta arriba, por pedregales y rocas afiladas, desde que habían saltado del Chinook CH-47 modelo Delta, el único helicóptero a su disposición capaz de desenvolverse a aquella altitud.

Allí está. La cresta. Cincuenta metros.

Driscoll aflojó el paso. Iba el primero, a la cabeza de la patrulla, como correspondía al suboficial de mayor rango presente, con sus hombres desplegados a cien metros de distancia por detrás de él, los ojos bien abiertos, mirando a derecha y a izquierda, arriba y abajo, con los fusiles M4 listos y apuntando hacia sus respectivos sectores. Esperaban que hubiera unos cuantos centinelas en la zona de la cresta. Los pobladores de aquellas tierras podían ser incultos en el sentido tradicional del término, pero no tenían un pelo de tontos; por eso los Rangers estaban efectuando aquella operación de noche: a las dos menos cuarto de la madrugada, la 01:44, según su reloj digital. Esa noche no había luna, y las nubes eran tan altas y espesas que tapaban la luz de las estrellas. Buen tiempo para cazar, se dijo Driscoll.

Miraba más hacia abajo que hacia arriba. No quería hacer ningún ruido, y el ruido procedía de sus pies. Una maldita piedra que se soltara de un puntapié y rodara colina abajo era lo único que hacía falta para delatarlos. Y eso no podía permitirlo, ¿verdad? No podía tirar por la borda los tres días y los quince kilómetros que les había costado llegar hasta allí.

Veinte metros para alcanzar la cresta. Sesenta pies.

Escudriñó la zona en busca de movimiento. No se veía nada cerca. Unos cuantos pasos más mirando a derecha e izquierda, con el fusil pegado al pecho y el dedo suavemente apoyado en el gatillo, lo justo para saber que estaba allí.

Costaba explicar a la gente lo duro que era aquello, lo fatigoso y extenuante que era (mucho más que una caminata de quince kilómetros por el monte) saber que podía haber alguien con un AK-47 en las manos, el dedo en el gatillo y el selector de función puesto en automático, listo para partírte el culo

por la mitad. Sus hombres se encargarían de esa persona, si la había, pero eso a él no le serviría de nada, y el sargento primero lo sabía. Aun así, se consolaba pensando que, si pasaba, probablemente no se enteraría de nada. Había liquidado a suficientes enemigos como para saber cómo funcionaban las cosas: vas caminando con los ojos fijos hacia delante y el oído alerta, atento al peligro, y un segundo después nada. Estás muerto.

Driscoll conocía la norma que regía allí, en el yermo, y en plena noche: lo lento es lo más rápido. Moverse con lentitud, caminar con parsimonia, pisar con todo cuidado. Le había dado resultado todos esos años.

Apenas seis meses antes había acabado el tercero en el Campeonato al Mejor Ranger, la Super Bowl de las tropas de operaciones especiales. El suboficial y el capitán Wilson, de hecho, habían participado formando el Equipo 21. El capitán tenía que estar muy cabreado por haberse roto la pierna. Era muy buen Ranger, pensó Driscoll, pero una tibia rota era una tibia rota. Cuando se rompía un hueso, no había mucho que hacer al respecto. Un desgarrar muscular dolía de la hostia, pero mejoraba rápidamente. Un hueso roto, en cambio, tenía que soldarse y curarse, y eso suponía pasarse semanas enteras postrado en un hospital militar, hasta que los médicos te dejaban volver a apoyar el pie. Y luego tenías que aprender a correr otra vez, después de haber aprendido a andar. Qué fastidio tenía que ser aquello... Él había tenido suerte: a lo largo de su carrera, lo peor que le había pasado había sido torcerse un tobillo, romperse un meñique y magullarse una cadera, nada de lo cual le había tenido de baja más de una semana. Nunca un balazo, ni un rasguño de metralla. Los dioses de los Rangers le habían sonreído, de eso no había duda.

Cinco pasos más...

Vale, ahí estás... Sí. Tal y como esperaba, allí estaba el vigía, justo donde debía estar. Veinticinco metros a su derecha. Era un lugar muy obvio para un centinela, aunque aquél en concreto fuera una mierda de centinela: allí sentado, miraba hacia atrás casi todo el tiempo, seguramente contando los minutos que faltaban para que llegara su relevo, aburrido y medio dormido. Pues bien, el aburrimiento podía matar, y menos de un minuto después mataría a aquel tipo, aunque él ni se enteraría. *A no ser que falle el tiro*, se dijo Driscoll, consciente de que no fallaría.

Se volvió una última vez e inspeccionó la zona a través de sus gafas PVS-17 para visión nocturna. *No hay nadie más cerca. Vale.* Se agachó, apoyó el fusil en su hombro derecho, centró las miras en la oreja derecha de aquel tipo, controló la respiración y...

Por un estrecho sendero, a su derecha, le llegó un ruido, un roce de cuero sobre piedra.

Se quedó paralizado.

Hizo una rápida comprobación, situando de memoria al resto de su equipo. ¿Había alguien por allí? No. Casi todo el equipo estaba desplegado detrás de él y a su derecha. Moviéndose con extrema lentitud, Driscoll giró la cabeza hacia la dirección de donde venía el sonido. No vio nada con las gafas de visión nocturna. Bajó el fusil, colocándose en diagonal sobre el pecho. Miró a la izquierda. A tres metros de allí, Collins se había agazapado detrás de una roca. El sargento primero le hizo señas: «Ruido a la izquierda; llévate a dos hombres». Collins asintió con la cabeza y retrocedió hasta perderse de vista. El suboficial hizo lo mismo; después se tumbó entre un par de matorrales.

Sendero abajo se oía ahora otro sonido: el de un líquido salpicando las piedras. Aquello hizo sonreír a Driscoll. *La llamada de la naturaleza*. La micción fue disminuyendo y luego cesó. Empezaron a oírse pasos por el sendero. A seis metros de distancia, calculó el sargento primero, pasado el recodo.

Segundos después, una figura apareció en el sendero. Caminaba sin prisas, casi con pereza. A través de las gafas de visión nocturna, Driscoll vio el AK-47 colgado de su hombro, con el cañón hacia abajo. El guardia seguía acercándose. El sargento primero no se movió. Cuatro metros y medio. Tres.

Una figura se levantó de las sombras, al lado del camino, y se deslizó tras el guardia. Una mano apareció sobre el hombro del guardia; después, sobre el otro hombro, se vio el destello de un cuchillo. Collins giró al hombre hacia la derecha y lo empujó hacia el suelo, y sus sombras se fundieron. Pasaron diez segundos. Collins se levantó, se apartó del sendero y arrastró al guardia hasta quitarlo de la vista.

Una neutralización de centinela de manual, pensó Driscoll. Películas aparte, los cuchillos rara vez se usaban en su oficio. Aun así, estaba claro que Collins seguía dándose maña con ellos.

Un momento después, lo volvió a ver aparecer a su derecha.

El sargento primero fijó de nuevo su atención en el centinela del risco. Seguía allí. No se había movido lo más mínimo. Levantó su M4, centró las miras en la nuca del sujeto y tensó el dedo sobre el gatillo.

Tranquilo, tranquilo... Dale...

Pop. Un ruido mínimo. Casi imposible de oír a una distancia de más de cincuenta metros, y sin embargo la bala voló certera, atravesó la cabeza del objetivo dejando a su paso una nubecilla de vapor verde, y el centinela se fue a ver a Alá, o al dios al que adorara, y los veintitantos años que había pasado creciendo, alimentándose y aprendiendo (y luchando, quizá) llegaron así a su fin, bruscamente y sin previo aviso.

El objetivo se desplomó y, cayendo de lado, se perdió de vista.

Mala suerte, chaval, pensó Driscoll. Pero esta noche andamos detrás de presas más grandes que tú.

—Centinela fuera de combate —dijo en voz baja, dirigiéndose a su radio—. La cresta está despejada. Subid sin hacer ruido. —Esto último sobraba, en realidad, tratándose de aquellos chicos.

Al volver la cabeza, vio que sus hombres avanzaban ahora un poco más deprisa. Parecían nerviosos, pero dueños de sí mismos, listos para ponerse manos a la obra. Driscoll lo notaba en sus posturas, en la economía de movimientos que distinguía a los verdaderos soldados de los que sólo aspiraban a serlo y de quienes estaban allí de paso, esperando el momento de regresar a la vida civil.

Su verdadero objetivo podía estar a menos de cien metros de distancia, y durante los tres meses anteriores se habían esforzado mucho por atrapar a aquel cabrón. Escalar montañas no era del gusto de nadie, excepto quizá de esos locos que se pirraban por el Everest y el K2. El caso era que aquello formaba parte del trabajo y de su misión, así que todo el mundo apretaba los dientes y seguía adelante.

Los quince hombres componían tres equipos de combate de cinco Rangers cada uno. Un equipo se quedaría allí con el armamento pesado: llevaban dos ametralladoras M249 SAW para las labores de vigilancia y fuego de cobertura. Era imposible saber cuántos enemigos habría por allí, y la SAW era una manera estupenda de igualar las cosas. Los datos que ofrecían los satélites eran siempre limitados; ciertas variables había que afrontarlas a medida que te salían al paso. Sus hombres observaban las rocas buscando movimiento. Cualquier movimiento. Quizá sólo un enemigo que salía a cagar. En aquella parte de las montañas, había un noventa por ciento de posibilidades de que cualquier persona con la que te encontraras fuera del otro bando. Lo cual facilitaba mucho su trabajo, se dijo Driscoll.

Avanzó moviéndose aún más despacio: apartaba fugazmente la mirada de los pies para ver dónde pisaba, en busca de ramas y piedras sueltas, y miraba luego hacia delante, escudriñándolo todo. Otra ventaja de la experiencia, pensó: estar tan cerca de la línea de meta y saber refrenar la emoción. Solía ser allí donde se equivocaban los novatos y los muertos, creyendo que ya había pasado lo peor y que el objetivo estaba al alcance de la mano. Driscoll sabía que era entonces cuando el bueno de Murphy, el de la famosa ley, solía presentarse por la espalda y, dándote una palmadita en el hombro, te hacía entrega de una sorpresa desagradable. La euforia y el nerviosismo eran caras letales de la misma moneda. En la dosis adecuada, en el momento menos oportuno, podían ser mortíferas.

Pero esta vez no. No estando yo al mando. Y menos aún con un equipo tan bueno como aquél.

Driscoll vio alzarse la cresta a no más de tres de metros de allí y se encorvó, con cuidado de mantener la cabeza por debajo del reborde: no quería convertirse en un blanco irresistible, si había algún centinela alerta. Recorrió los últimos metros con los pies bien plantados en el suelo; después se inclinó hacia delante, apoyó la mano izquierda en la roca y levantó la cabeza para asomarse.

Y allí estaba. La cueva.

2

—Nivel de combustible bajo. —*Gup, gup*—. Nivel de combustible bajo —anunció la voz generada por ordenador.

—Ya, ya —respondió el piloto con un gruñido.

Veía los datos necesarios en la pantalla del panel de mandos. La luz de alerta del ordenador de a bordo llevaba un cuarto de hora parpadeando. Habían cruzado la costa canadiense hacía diez minutos, y al mirar hacia abajo veían lo que a plena luz del día sería terreno verde cubierto de tocones. A no ser que la hubiera cagado con el navegador, pronto verían luces. Y en todo caso estaban sobre tierra firme, lo cual era un alivio.

Los vientos del Atlántico Norte habían sido mucho más fuertes de lo previsto. A aquella hora, la mayor parte del tráfico nocturno se dirigía hacia el este, y esos aparatos llevaban mucho más combustible que un Dassault Falcon 9000. Tenían carburante para veinte minutos. Diez más de los que necesitaban. Los indicadores marcaban una velocidad relativa de vuelo superior a quinientos nudos y una altitud de veinticinco mil pies y bajando.

—Torre de control de Gander —dijo dirigiéndose al micrófono de su radio—, aquí Hotel cero nueve siete Mike Foxtrot, aproximándome para repostar, cambio.

—Mike Foxtrot —respondieron—, aquí Gander. Vientos en calma. Pista veintinueve recomendada para aproximación normal.

—¿Vientos en calma? —repitió el copiloto—. Lo que hay que oír. —Acababan de atravesar una corriente en chorro de más de cien nudos con el viento de cara y habían aguantado tres horas de vibraciones que, aunque de escasa magnitud, no estaba mal para encontrarse a cuarenta y un mil pies de altitud—. Así de largos me gustan a mí los viajecitos por mar.

—Sobre todo con vientos como éstos —contestó el piloto.

—¿Tenemos luz verde con aduanas?

—Deberíamos tenerla. Pedimos el CANPASS y tenemos permiso para entrar en Moose Jaw. ¿Allí hay que hablar con los de inmigración?

—Sí, claro. —Los dos sabían que no sería así. Aquel vuelo iba a ser un tanto extraño de Gander en adelante, hasta su destino final. Pero les pagaban

por ello. Y saldrían ganando con la tasa de cambio entre euros y dólares. Sobre todo si eran dólares canadienses.

—Ahí están las luces. Quedan cinco minutos —dijo el copiloto.

—Recibido, pista a la vista —respondió el piloto—. Flaps.

—Desplegando flaps a la de diez. —El copiloto operó los mandos y oyeron el chirrido de los motores eléctricos que extendían los flaps—. ¿Despierto a los pasajeros?

—No. ¿Para qué? —decidió el piloto. Si hacía las cosas bien, no notarían nada hasta que aceleraran para el siguiente despegue. Tras demostrar su valía en veinte mil horas de vuelo con Swissair, se había jubilado y comprado un Dassault Falcon de segunda mano para llevar a millonarios y multimillonarios por toda Europa y alrededor del globo. La mitad de la gente que podía permitirse sus servicios acababa yendo a los mismos sitios: Mónaco, Harbor Island, en las Bahamas, Saint Tropez, Aspen... El hecho de que su pasajero no fuera a ninguno de aquellos lugares constituía una rareza, pero, mientras le pagaran, a él el destino le traía sin cuidado.

Descendieron diez mil pies. Las luces de la pista de aterrizaje se veían sin esfuerzo: una calle recta en la oscuridad, que antaño había dado cabida a una escuadra de cazas F-84 de la Fuerza Aérea de Estados Unidos.

Cinco mil pies y bajando.

—Flaps en veinte.

—Recibido, flaps en veinte —respondió el piloto—. Tren de aterrizaje —ordenó a continuación, y el copiloto echó mano de las palancas. El ruido del aire irrumpió en la cabina al abrirse las puertas del tren de aterrizaje y bajar los montantes. Trescientos pies.

—Desplegado y afianzado —contestó el copiloto.

—Cien pies —dijo la voz del ordenador.

El piloto tensó los brazos y volvió a relajarlos para que el aparato descendiera suavemente mientras elegía el lugar idóneo para aterrizar. Sólo sus refinados sentidos notaron cuándo tocó el Falcon la pista de cemento de diez metros de anchura. Activó los inversores de empuje y el Dassault perdió velocidad. Un vehículo con luces parpadeantes le indicó dónde ir y a quién seguir para dirigirse hacia el lugar donde estaría esperando el camión del combustible.

Estuvieron en tierra veinte minutos en total. Un funcionario de inmigración les interrogó por radio y llegó a la conclusión de que no había cambios respecto a los datos del CANPASS. Fuera, el conductor del camión cisterna desconectó la manguera y aseguró la válvula del combustible.

Vale. Esto ya está, pensó el piloto. Ahora, el segundo segmento de aquel vuelo en tres etapas.

El Falcon regresó al extremo norte de la pista y, tras esperar allí, el piloto repasó la lista de comprobación previa al despegue, como hacía siempre. La aceleración transcurrió sin incidentes; el aparato despegó y ganó altura. Se alzaron las ruedas, seguidas por los flaps. Diez minutos después se hallaban a treinta y siete mil pies, la altitud inicial que les había asignado el Centro de Control de Toronto.

Volaban rumbo oeste a Mach 0,81 (unos quinientos veinte nudos, o novecientos sesenta y cinco kilómetros por hora de velocidad verdadera), con los pasajeros dormidos en la cabina de popa y los motores engullendo combustible a un ritmo constante de tres mil cuatrocientas libras por hora. El transpondedor del aparato comunicaba su velocidad y altitud a los radares de control del tráfico aéreo, pero, aparte de eso, no hacían falta más comunicaciones por radio. Con mal tiempo podrían haber pedido una altitud distinta, posiblemente más elevada, para volar con mayor comodidad a velocidad de crucero, pero la torre de Gander tenía razón: tras cruzar el frente frío que surgió en dirección a Terranova, el avión daba la impresión de no moverse en absoluto, salvo por el estruendo amortiguado de los motores a reacción que colgaban de la cola. El piloto y el copiloto apenas se dirigían la palabra. Llevaban tanto tiempo volando juntos que se sabían los mismos chistes, y en un vuelo tan tranquilo como aquél no hacía falta intercambiar información. Todo estaba previsto hasta el último detalle. Ambos se preguntaban cómo sería Hawái. Tenían ganas de probar un par de suites en el Royal Hawaiian y de dormir una larga siesta para combatir el inevitable desfase horario que acompañaría a las diez horas de día adicional que iban a vivir. Dormitar en una playa soleada era del agrado de ambos, y en Hawái las previsiones auguraban un tiempo tan monótonamente perfecto como de costumbre. Pensaban pasar dos días de relax antes de emprender el viaje de regreso rumbo este, hacia su base a las afueras de Ginebra, esta vez sin pasajeros previstos.

—Cuarenta minutos para Moose Jaw —comentó el copiloto.

—Es hora de volver al trabajo, supongo.

El plan era muy sencillo. El piloto encendió la radio de alta frecuencia (una reliquia de la Segunda Guerra Mundial) y llamó a Moose Jaw para anunciar su aproximación y su descenso inicial, además de su hora estimada de llegada. El control de aproximación de Moose Jaw extrajo la información de los sistemas de control zonal y localizó en sus pantallas los caracteres alfanuméricos del transpondedor.

El Dassault comenzó a perder altitud en una aproximación completamente normal, de lo cual tomó debida nota el Centro de Control de Toronto. Eran las 03:04 hora local, o zulu -4:00 conforme a la hora universal o del meridiano de Greenwich, cuatro horas al este.

—Ahí está —anunció el piloto. Las luces de aproximación de Moose Jaw aparecieron sobre la negra campiña—. Altitud: doce mil, bajando mil por minuto.

—Ocúpate del transpondedor —ordenó el piloto.

—Recibido —contestó el copiloto. El transpondedor era un aparato extra, instalado por los propios tripulantes del avión.

—Seis mil pies. ¿Flaps?

—Déjalos —ordenó el piloto.

—Entendido. Pista a la vista. —El cielo estaba despejado y las luces de aproximación de Moose Jaw brillaban en el aire sin nubes.

—Moose Jaw, aquí Mike Foxtrot, cambio.

—Mike Foxtrot, aquí Moose Jaw, cambio.

—Moose Jaw, nuestro tren de aterrizaje se niega a bajar. Por favor, manténgase a la espera. Cambio.

Aquella notificación pareció espabilarles.

—Recibido. ¿Está declarando una emergencia? Cambio —preguntaron de inmediato por radio desde la torre de control.

—Negativo, Moose Jaw. Estamos comprobando el sistema eléctrico. Manténgase a la escucha.

—De acuerdo, aquí estaremos. —Apenas una nota de preocupación en la voz.

—Está bien —le dijo el piloto a su copiloto—, desapareceremos de su radar a mil pies. —Ya habían repasado todo aquello, desde luego—. Altitud: tres mil y bajando.

El piloto viró a la derecha para que el radar de aproximación de Moose Jaw registrara un cambio de rumbo: nada serio, pero, aun así, una alteración. Con el descenso de altitud, podría parecer interesante si alguien se molestaba en echar un vistazo a las cintas del radar, lo cual era dudoso. Un parpadeo más perdido en el espacio aéreo.

—Dos mil —dijo el copiloto. El aire era un poco más turbulento a menor altitud, pero no tanto como se pondría después—. Mil quinientos. Quizá convenga ajustar la velocidad de descenso.

—Muy bien. —El piloto echó un poco hacia atrás el volante en forma de cuernos del bastón de mando para allanar el ángulo de descenso y enderezar

el avión a novecientos metros sobre el nivel del suelo, altitud suficiente para penetrar en la zona de interferencias terrestres de Moose Jaw. Aunque el Dassault no era invisible, la mayoría de los radares de control de tráfico civil captaban fundamentalmente las señales de los transpondedores y eran ciegos, en cambio, a los ecos del fuselaje. En aviación comercial, un avión en un radar no era más que una señal abstracta en el cielo.

—Mike Foxtrot, aquí Moose Jaw, notifique altitud, cambio.

Iban a pasar un buen rato así. Los controladores de la torre estaban curiosamente alertas. Quizá se hubieran topado por casualidad con un ejercicio práctico, pensó el piloto. Era una lástima, pero no suponía un problema grave.

—Piloto automático desconectado. Tomo los mandos del avión.

—Todo tuyo —contestó el copiloto.

—Está bien, viramos a la derecha. Apaga el transpondedor —ordenó el piloto.

El copiloto apagó el transpondedor uno.

—Apagado. Somos invisibles.

Aquello alertó a Moose Jaw.

—Mike Foxtrot, aquí Moose Jaw. Notifique altitud, cambio —ordenó aquella voz con más ímpetu. Después se produjo una segunda llamada.

El Falcon completó su viraje hacia el norte y puso rumbo dos-dos-cinco. Abajo, el terreno era llano y el piloto sintió la tentación de descender hasta los quinientos pies de altitud, pero finalmente desestimó la idea. No hacía falta. Tal y como estaba previsto, el aparato acababa de desaparecer del radar de Moose Jaw.

—Mike Foxtrot, aquí Moose Jaw. ¡Notifique altitud, cambio!

—Parece que se está poniendo nervioso —comentó el copiloto.

—No me extraña.

El transpondedor que acababan de apagar pertenecía a otro avión que a esas horas estaría probablemente aparcado en su hangar a las afueras de Söderhamn, Suecia. Aquel vuelo iba a costarles a sus clientes setenta mil euros más de la cuenta, pero la tripulación suiza sabía cómo ganar dinero, y no transportaban drogas ni nada parecido. Esa clase de cargamento no merecía la pena, ni con dinero ni sin él de por medio.

Moose Jaw quedaba ya sesenta y cinco kilómetros atrás y se alejaba a una velocidad de doce kilómetros por minuto, según el radar Doppler del aparato. El piloto ajustó la posición con el volante del bastón de mando para compensar el viento de través. El ordenador situado junto a su rodilla derecha calcularía la deriva, y el ordenador sabía exactamente adónde se dirigían.

En parte, al menos.

3

Tenía un aspecto distinto al de las imágenes (ocurría siempre), pero se hallaban en el lugar correcto, eso estaba claro. Driscoll sintió que su cansancio se esfumaba, reemplazado por una expectación reconcentrada.

Diez semanas antes, un satélite de la CIA había interceptado una transmisión por radio procedente de aquel lugar, y otro había tomado una fotografía que el sargento primero llevaba ahora en el bolsillo. Era allí, no había duda. Una formación rocosa triangular, situada en la cumbre, identificaba el lugar. No era decorativa, pese a que pareciera hecha por la mano del hombre: la habían dejado allí los últimos glaciares que se habían abierto paso por aquel valle sabía Dios cuántos miles de años atrás. Seguramente el mismo deshielo que había labrado aquel triángulo había ayudado a excavar la cueva. Si es que era así como se formaban las cuevas. El suboficial no lo sabía, ni le importaba. Algunas eran muy profundas, de varios centenares de metros de profundidad: agujeros perfectos para esconderse. Pero desde aquella se había emitido una señal de radio. Y eso la hacía especial. Washington y Langley habían tardado más de una semana en localizar aquel lugar, pero lo habían hecho con sumo cuidado. Aquella misión no la conocía casi nadie. Menos de treinta personas en total, y la mayoría estaba en Fort Benning. Donde volverían su equipo y él en menos de cuarenta y ocho horas, Dios mediante: *inshallah*, como se decía por estas tierras. Un sentimiento perfectamente comprensible, aunque aquella no fuera su religión. Driscoll era metodista, pero eso no le impedía tomarse una cerveza de vez en cuando. Antes que nada era un soldado.

Bueno, ¿cómo hacemos esto?, se preguntó. Rápidamente y con contundencia, claro, pero ¿cómo? Llevaba encima media docena de granadas. Tres con carga explosiva y tres M84 de aturdimiento. Estas últimas, recubiertas de plástico en lugar de metal, producían un enorme estruendo al estallar y se fabricaban con una mezcla de magnesio y amonio para que pareciera que el sol había venido inesperadamente de visita, cegando con su fulgor a todo el que anduviera cerca. Pero la química y la física de las cosas tampoco importaban al sargento primero en este caso. Las granadas funcionaban a la perfección, y eso era lo que contaba.

Los Rangers no tenían por oficio el juego limpio. Aquello no eran las Olimpiadas: era una operación de combate. Podían administrar primeros auxilios a los enemigos que sobrevivieran, pero eso era todo, y únicamente porque los supervivientes tendían a ser más parlanchines que los muertos. Driscoll miró de nuevo la entrada de la cueva. Alguien se había parado en aquel preciso lugar a hacer una llamada telefónica que un satélite espía Rhythm había interceptado; después un satélite Keyhole había marcado la posición exacta y el SOCOM, el Mando de Operaciones Especiales del Ejército, había autorizado su misión. El suboficial permanecía inmóvil junto a una roca de gran tamaño, tan cerca que su silueta se fundía con la de la mole. Dentro no se distinguía ningún movimiento. A Driscoll no le sorprendió. Hasta los terroristas tenían que dormir. Y eso a él le venía muy bien. Estupendamente, de hecho. Diez metros. Se aproximó con movimientos que podían parecer cómicos a los no iniciados: movimientos exagerados de los pies y la parte inferior de las piernas, arriba y abajo, muy erguido, evitando cuidadosamente las piedras sueltas. Luego llegó por fin. Clavó una rodilla en tierra y echó un vistazo dentro. Miró por encima del hombro para asegurarse de que el resto del equipo no se había apelotonado. No había de qué preocuparse. Aun así, el sargento primero notaba un hormigueo de nerviosismo en el vientre. ¿O era de miedo? Miedo a cagarla, miedo a que la historia se repitiera. Miedo a que murieran sus hombres.

Un año antes, en Irak, el predecesor del capitán Wilson, un subteniente novato, había planeado una misión (una caza de insurgentes sin complicaciones en la ribera sur del *bujairat* —lago— Sadam, al norte de Mosul) y Driscoll había participado en ella. El problema era que el joven subteniente estaba más interesado en redactar un informe deslumbrante que en la seguridad de sus Rangers. Desoyendo las advertencias del sargento primero y cuando ya caía la noche, dividió al equipo para flanquear un búnker; pero, como solía ocurrir, el plan rehecho a toda prisa no sobrevivió a su primer contacto con el enemigo: en aquel caso, un grupo de ex militares leales a Sadam del tamaño de una compañía, que rodeó y masacró al equipo del joven subteniente antes de fijar su atención en Driscoll y sus hombres. El repliegue duró casi toda la noche, hasta que por fin el suboficial y otros tres hombres lograron volver a cruzar el Tigris y quedar dentro del alcance de tiro de una posición de fuego amigo avanzado.

Driscoll sabía que el plan del subteniente era un desastre en potencia. Pero ¿se había opuesto a él con la suficiente firmeza? Si hubiera insistido más... Aquella era, en fin, la pregunta que le atormentaba desde hacía un año. Y ahora allí estaban de nuevo, en territorio apache, pero esta vez todas las decisiones (buenas, malas o desastrosas) dependían de él.

No pierdas de vista la pelota, se ordenó a sí mismo. *Vuelve a centrarte en el juego.*

Dio otro paso adelante. Nada aún. Los pastunes eran duros (lo eran, y mucho, como bien sabía Driscoll), pero no habían recibido instrucción militar, más allá de apuntar con el fusil y apretar el gatillo. Debía de haber habido alguien vigilando la entrada de la cueva. El sargento primero vio algunas colillas dispersas en el suelo. Quizás el centinela, si lo había, se había quedado sin tabaco. *Mal vicio, chaval*, pensó. *Pésimo para el camuflaje.* Entró con cautela en la cueva. Sus gafas de visión nocturna eran un regalo del cielo. La cueva, de paredes bastas y sección transversal casi ovalada por completo, discurría en línea recta por espacio de unos quince metros. No había luces, ni siquiera una vela, pero vio acercarse un recodo a la derecha y aguzó la mirada en busca de una fuente de luz. El suelo de la cueva estaba despejado. El sargento primero dedujo de ello que allí vivía alguien. La información que les habían dado era verídica. *¿No es un milagro?*, pensó. Con mucha frecuencia, aquellas expediciones de caza conducían a un escondrijo vacío con el consiguiente cabreo de un montón de Rangers.

¿Será la cueva correcta? Rara vez se permitía tener pensamientos parecidos. *¿No sería estupendo?*, pensó fugazmente. *Un pez de los gordos.* Hizo a un lado aquella idea. El tamaño de la presa no cambiaba cómo hacían su trabajo.

Las suelas de sus botas eran flexibles. Más cómodas para los pies, pero, sobre todo, silenciosas. Se pegó el fusil M4 al hombro. Había dejado la mochila fuera. Allí, dentro de la cueva, no le hacía falta llevar más peso, ni más bultos que los necesarios. Driscoll no era muy corpulento. Medía algo menos de un metro ochenta y dos, pesaba ochenta y un kilos, era fibroso y duro, y sus ojos azules miraban fijamente hacia delante. Dos soldados avanzaban unos metros por detrás de él, y aunque podían oír hasta su respiración por los auriculares que llevaban todos ellos, el sargento primero no decía una sola palabra. Se limitaba a hacer con las manos señas cargadas de datos y contenido.

Movimiento. Alguien se dirigía hacia ellos.

Driscoll apoyó una rodilla en tierra.

Los pasos se aproximaban. Alzó el puño izquierdo para advertir a los que le seguían que se echaran al suelo y levantó el fusil. Los pasos sonaban tranquilos. Cuando eran nerviosos, su oído bien entrenado sabía distinguir su sonido. Aquel tipo estaba en casa, y se sentía allí a sus anchas. En fin, peor para él. Unos guijarros se deslizaron a espaldas de Driscoll, que reconoció el origen de aquel ruido. Él mismo lo había hecho otras veces: era el sonido de una bota al resbalar. Se quedó paralizado. Al otro lado del recodo, los pasos se detuvieron. Pasaron diez segundos, luego veinte. Durante treinta segundos, nada se movió. Después los pasos se reanudaron. Seguían siendo tranquilos.

Driscoll apoyó la culata del M4 en el hombro, dobló la esquina y allí estaba el fulano. Un momento después, tenía dos balas en el pecho y una tercera en la frente. Cayó sin hacer ruido. Era unos cuantos años mayor que el de fuera: rondaba los veinticinco y el suboficial vio que tenía la barba bien crecida. *Lo siento por ti.* Siguió avanzando, pasó por encima del cadáver y dobló el recodo a la derecha; después se detuvo a esperar a sus compañeros. Veía delante de sí unos seis metros más. Justo enfrente no había nada. *Sigue adelante.* ¿Qué profundidad tenía la cueva? Imposible saberlo en ese momento. Sujetaba con fuerza el fusil.

Allá adelante parpadeaba una luz. Velas, posiblemente. Quizá los terroristas necesitaran una luz nocturna, como los hijos pequeños de Driscoll. El suelo de la cueva seguía estando despejado. Alguien lo había limpiado. Pero ¿por qué?, se preguntaba el sargento primero. ¿Y cuánto tiempo hacía?

Siguió avanzando.

El siguiente recodo, una curva amplia y poco profunda en la roca caliza, doblaba hacia la izquierda, y en el siguiente, de pronto, un montón de luz, al menos relativamente hablando. Sin las PVS-17, habría sido, como máximo, un resplandor mortecino.

Fue entonces cuando oyó ruidos. Ronquidos. No muy lejos, allá delante. Aunque se movía sin prisas, Driscoll aflojó un poco el paso. Había llegado el momento de ser cauteloso. Se aproximó al recodo con el arma en alto y se asomó muy, muy despacio.

Allí estaba. Aquello era lo que andaba buscando. Maderos. Tablones corrientes, sin tratar, de una madera que no crecía por allí. Alguien los había llevado desde la civilización, y ese alguien había usado una sierra para cortarlos a medida y darles forma.

Estaba claro que allí vivía alguien; que la cueva no era una madriguera temporal. Y eso era muy buena señal.

Driscoll comenzó a ponerse nervioso, notaba de nuevo aquel hormigueo en el vientre. Y eso no solía pasarle. Con la mano izquierda indicó a sus compañeros que se acercaran. Se aproximaron hasta quedar unos tres metros por detrás de él y le siguieron.

Literas dobles. Para eso eran los maderos. Driscoll vio ocho. Casi todas estaban ocupadas. Seis catres, seis terroristas. Uno hasta parecía tener un colchón, de esos de plástico inflable que podían comprarse en cualquier gran superficie comercial. En el suelo había una bomba de aire de las que se accionaban con el pie. A aquel tipo, fuera quien fuese, le gustaba dormir cómodamente.

Bueno, ¿y ahora qué?, se preguntó. Pocas veces se quedaba en blanco; casi siempre era él quien aconsejaba al comandante de su compañía en momentos

como aquél, pero el capitán Wilson estaba varado en lo alto de un cerro, a quince kilómetros de allí, y ahora era él, Driscoll, quien estaba al mando, y de pronto se sintió terriblemente solo. Pero lo peor de todo era que aquella no era la última sala. La cueva se prolongaba más aún. Imposible saber hasta dónde. *Mierda.*

Manos a la obra.

Avanzó despacio. Sus órdenes eran muy sencillas, y para ese fin su pistola estaba provista de un silenciador. La sacó de la funda. Siguió adelante, hasta llegar junto al primer hombre dormido. Pegó la Beretta a su cabeza y disparó la primera bala. El silenciador funcionó como estaba previsto. El ruido del percutor de la pistola sonó mucho más fuerte que el propio disparo. Driscoll incluso oyó caer el casquillo metálico al suelo de piedra con un tintineo leve, como el de un juguete. Lo que estuviera soñando aquel tipo era ahora tan real como el mismo infierno. Los que dormían en las literas bajas corrieron la misma suerte.

Driscoll pensó fugazmente que, en la sociedad civil, aquello se consideraría un asesinato puro y duro, pero a él no le preocupaba. Aquellos tipos habían unido su suerte a la de individuos que habían declarado la guerra a su país y, si su guarida no estaba suficientemente vigilada, era culpa suya. La pereza tenía consecuencias, y la guerra sus normas, y éstas pasaban factura a quienes las quebrantaban. Tres segundos después habían liquidado a los hombres restantes. Tal vez consiguieran sus huríes. Él no lo sabía. Ni le importaba especialmente. Nueve enemigos eliminados. Siguió adelante. Tras él avanzaban otros dos Rangers, no muy cerca pero sí lo bastante, uno con una pistola, el otro con un fusil M4 para cubrirle las espaldas, tal y como dictaba el Manual. La cueva torcía hacia la derecha unos pasos más allá. Driscoll continuó avanzando, deteniéndose sólo para respirar. Vio otras dos literas. Pero ninguna estaba ocupada. La cueva seguía adelante. Había estado en muchas cavernas parecidas. Algunas se prolongaban hasta trescientos o cuatrocientos metros. Pero la mayoría no. Muchas eran del tamaño de probadores, pero ésta no era una de ellas. Driscoll había oído contar que, en Afganistán, algunas se extendían eternamente; eran tan largas que los rusos no habían podido hacerse con ellas a pesar de tomar medidas contundentes como inundarlas de fueloil y arrojar una cerilla. Tal vez allí habría funcionado mejor la gasolina, se dijo. O los explosivos, quizá. Los afganos eran bastante duros, y a muchos no les daba miedo morir. El sargento primero no había visto gente igual hasta que llegó a aquella parte del mundo. Pero se morían como todos los demás y, muertos ellos, se acababan los problemas.

Cada cosa a su tiempo. Nueve cadáveres a su espalda, todos ellos varones, todos de menos de treinta años, posiblemente demasiado jóvenes para tener

información útil, y de inútiles ya estaban repletas las celdas de Guantánamo. Si hubieran tenido treinta años o más, quizás habría sido conveniente conservarlos con vida y dejar que los interrogara alguien de inteligencia. Pero eran todos muy jóvenes, y ahora estaban muertos.

Manos a la obra.

Allí no había nada más que ver. Pero más adelante se percibía un leve resplandor. Otra vela, quizá. Driscoll miraba hacia abajo cada pocos pasos buscando piedras que pudieran hacer ruido: el ruido era su enemigo más peligroso en ese momento. El ruido despertaba a la gente, sobre todo en sitios como aquél. Ecos. Por eso llevaba botas de suela blanda. El siguiente recodo giraba a la izquierda y parecía más cerrado. Era hora de aflojar de nuevo el ritmo. Un giro brusco equivalía a un encontronazo con un centinela. Despacio, despacio. Cuatro metros. Doce pies, más o menos. Despacio, suavemente. Como cuando entraba en la habitación de su hija pequeña para verla tendida en su cuna. Pero le preocupaba que lo que hubiera al otro lado de la esquina fuera un hombre adulto armado con un fusil, echando una cabezada. Todavía empuñaba la pistola, con el silenciador atornillado en su extremo como una lata de refresco. Quedaban once balas en el cargador. Driscoll se detuvo y se giró. Los otros dos Rangers seguían allí, los ojos fijos en él. No parecían asustados, pero sí tensos y reconcentrados. Tait y Young, dos sargentos de la Compañía Delta, Segundo Batallón, 75.º Regimiento de Rangers. Auténticos profesionales, igual que él, los dos dispuestos a hacer carrera en el Ejército.

Atentos a su trabajo. A veces costaba mantener la concentración. Otro par de pasos hasta la esquina. Era un recodo brusco. Driscoll se acercó despacio... y asomó la cabeza. Había alguien cerca. Un afgano, o algún otro fulano, sentado en... ¿una silla? No, parecía una roca. Éste era mayor de lo que esperaba Driscoll. Rondaba la treintena. Estaba simplemente allí sentado; no dormía, pero tampoco estaba despierto. Parecía hallarse en un estado intermedio, pero no prestaba atención, eso estaba claro. Tenía un arma, un AK-74, apoyada contra una roca, a un metro veinte de las manos, más o menos. Cerca, pero no tanto como para apoderarse de ella en una emergencia como la que estaba a punto de afrontar.

Driscoll se aproximó sin hacer ruido, moviendo las piernas exageradamente, se acercó y...

Golpeó a aquel tipo en el lado derecho de la cabeza. Con suficiente fuerza para matarlo, quizás, aunque seguramente no. Hurgó en los bolsillos de su guerrera y sacó unas esposas de plástico flexible. Aquél era posiblemente lo bastante mayor como para que le interrogaran los de los servicios de intelligen-

cia; seguramente acabaría en Guantánamo. Dejaría que Tait y Young lo prepararan para su traslado. Llamó la atención de Tait, señaló al hombre inconsciente e hizo un gesto circular con el dedo índice. *Atadlo*. El sargento asintió con la cabeza.

Otro recodo más adelante, cinco metros a la derecha, y otra vez aquel resplandor movedizo.

Seis pasos más y luego a la derecha.

Esta vez, Driscoll no se desconcentró. Avanzó con paso lento y cuidadoso, con el arma bien sujeta.

La siguiente sala, de unos diez metros por diez, resultó ser la última. Estaban a unos setenta metros de la entrada de la cueva. Bastante hondo. Seguramente aquella cueva se había acondicionado para uno de los peces gordos. ¿Para el más gordo, quizá? Lo sabría dentro de tres minutos. No se permitía a menudo pensar esas cosas. Pero ése era el motivo subyacente a aquella misión. Quizá, quizá, quizá. Por eso Driscoll era un Ranger de operaciones especiales. Adelante, despacio. Levantó la mano detrás de él.

Estaba todo tan oscuro que sus gafas de visión nocturna mostraban tantas interferencias como imágenes propiamente dichas: eran como trocitos de palomitas que saltaban y volaban por su campo de visión. Se acercó al borde del recodo y se asomó a la esquina con sumo cuidado. Había alguien allí tumbado. Cerca se veía un AK-47, junto con un cargador de plástico lleno de munición, al alcance de la mano. Aquel tipo parecía estar dormido, pero en ese sentido eran buenos soldados: no dormían a pierna suelta, como los civiles, sino que se mantenían justo por debajo del estado de plena vigilia. Y a aquél Driscoll lo quería vivo. Esa noche (esos últimos diez minutos) había matado a unos cuantos, sí, pero a aquél había que cogerlo vivo, si era posible...

Vale. Se cambió la pistola a la mano derecha y con la izquierda sacó una granada de aturdimiento de la malla que llevaba pegada al pecho. Tait y Young se quedaron paralizados al verlo. La cueva estaba a punto de cambiar. Driscoll levantó un dedo. Tait hizo una seña a su sargento primero levantando el pulgar. Iba a haber rocanrol. Para aquel fulano, estaba a punto de sonar el despertador. Tait miró a su alrededor. Una velita iluminaba agradablemente la estancia. Driscoll dio uno o dos pasos atrás, se quitó las gafas de visión nocturna y tiró de la anilla de la granada. Soltó el mecanismo de seguridad, sostuvo un momento la granada y luego la lanzó mientras contaba «mil uno, mil dos, mil tres»...

Sonó como si se acabara el mundo. Los diez gramos de polvo de magnesio brillaron como el sol de mediodía, pero más aún. Y el ruido... Fue realmente como si hubiera producido una hecatombe: un bum ensordecedor que acabó

de un plumazo con el sueño de aquel tipo. Entonces entró Driscoll. No estaba aturdido por la explosión. Se la esperaba: sus oídos se habían preparado para el ruido y había cerrado los ojos para atenuar los efectos del fogonazo. El terrorista no había tenido tanta suerte. Sus oídos habían sufrido el impacto de la granada, y su equilibrio se había visto afectado por ello. Ni siquiera intentó echar mano del arma, pero aun así el sargento primero la apartó de un salto. Y un momento después apuntaba al fulano a la cara con la pistola. No tenía ni la más mínima oportunidad de oponer resistencia, pero ésa era la intención de Driscoll.

Vio entonces que no era el objetivo. Llevaba barba, pero tenía treinta y pocos años. *Este tío no es*, fue lo primero que pensó, y luego: *Mierda*. Aquella cara era la viva imagen de la confusión y el estupor. Sacudía la cabeza intentando reiniciar su cerebro, pero por joven y duro que fuera, le faltó la velocidad que exigía el momento.

Driscoll vio movimiento cerca de la pared del fondo de la sala: una sombra agazapada se deslizaba a lo largo de la pared rocosa: No se movía hacia ellos, sino en dirección contraria. El suboficial enfundó su pistola, se volvió hacia Tait y señaló al guardia del suelo: espósalos. Se puso luego las gafas de visión nocturna y fijó las miras del M4 en la sombra que se movía. Otro barbudo. Tensó el dedo sobre el gatillo, pero esperó. Tenía curiosidad. A tres metros del hombre, apoyado todavía contra la pared, donde lo había dejado, había un AK-47. Estaba claro que había oído la detonación de la granada y que sabía lo que se le venía encima, pero ¿se proponía escapar?, se preguntaba Driscoll. Sin apartar de él las miras del M4, se anticipó a sus pasos buscando una salida... Y allí estaba: un entrante de metro y medio de ancho excavado en la pared de roca. Retrocedió con la mirada y vio que el terrorista tenía una granada en la mano derecha. Era una versión de cuarenta milímetros de un proyectil de RPG-7. La población local era muy aficionada a convertir aquellos obuses en bombas de mano.

No tan deprisa, amiguito, pensó Driscoll, y apuntó con la carabina a la oreja del hombre. Mientras lo hacía, el tipo echó furtivamente el brazo hacia atrás para arrojar la granada. La bala de 5,56 milímetros entró justo por encima de la oreja, detrás del ojo. La cabeza cayó bruscamente de lado y el hombre se derrumbó, pero la granada ya había salido volando hacia el entrante de la pared.

—¡Granada! —gritó el suboficial, y se echó al suelo.

¡Bum!

Driscoll levantó la vista y miró a su alrededor.

—¡Recuento!

—Todo bien —contestó Tait, seguido en rápida sucesión por Young y los otros.

La granada había rebotado en la pared y, tras rodar por el suelo, se había detenido delante del entrante, abriendo en la tierra un boquete del tamaño de una pelota de playa.

Driscoll se quitó sus gafas de visión nocturna y sacó una linterna. La encendió y alumbró con ella alrededor. Aquella era la zona de mando de la cueva. Había montones de estanterías, y hasta una alfombra en el suelo. La mayoría de los afganos que habían conocido eran semianalfabetos; allí, sin embargo, había libros y revistas en cantidad, algunas de ellas incluso en inglés. En un estante había un puñado de volúmenes con el lomo encuadernado en piel. Uno en particular era de cuero verde con incrustaciones doradas. Driscoll lo abrió para echarle una ojeada. Era un manuscrito iluminado: no un libro impreso mecánicamente, sino hecho a mano, con tinta multicolor, por un amanuense muerto hacía mucho tiempo. Un libro antiguo, muy, muy antiguo. Estaba en árabe, o eso parecía, escrito a mano e iluminado con pan de oro. Tenía que ser una copia del Corán, y no había forma de saber su antigüedad, o su valor relativo. Pero era valioso, de eso no había duda. Driscoll se lo guardó. Quizás alguien de inteligencia quisiera echarle un vistazo. En Kabul había un par de saudíes, oficiales de alta graduación, que servían de apoyo a la gente de Operaciones Especiales y a los espías del Ejército.

—Vale, Peterson, esto está despejado. Codifícalo y manda el mensaje —ordenó Driscoll por radio a su especialista en comunicaciones—. Objetivo asegurado. Nueve terroristas muertos, dos prisioneros vivos. Cero bajas.

—Y nada debajo del árbol de Navidad, Santa Claus —comentó el sargento Young tranquilamente—. Con la buena pinta que tenía cuando estábamos entrando... Me estaba dando buen rollo.

Otro pozo seco más para las tropas de Operaciones Especiales. Habían perforado muchos últimamente, pero eran gajes del oficio.

—A mí también. ¿Cómo te llamas, colega? —le preguntó Driscoll al prisionero de Tait. No hubo respuesta. La granada había dejado flipado a aquel cabrón. Todavía no entendía que podría haber sido peor. Muchísimo peor. Claro que en cuanto le pillaran los de interrogatorios...

—Muy bien, chicos, vamos a limpiar este agujero. Buscad ordenadores o cualquier cacharro electrónico. Ponedlo todo patas arriba. Si algo os parece interesante, metedlo en la bolsa. Que alguien venga a hacerse cargo de nuestro amigo.

Había un Chinook en estado de alerta para aquella misión; quizás estuviera a bordo en menos de una hora. Joder, se moría de ganas de tomar una cer-

veza en el club de suboficiales de Fort Benning, pero para eso faltaban aún dos días, como mínimo.

Mientras el resto de su equipo montaba un perímetro de vigilancia frente a la boca de la cueva, Young y Tait registraron el túnel de entrada. Encontraron algunas chucherías y mapas, pero ningún tesoro que saltara a la vista. Pero así eran estas cosas. Por nenazas que fueran, los de inteligencia eran capaces de convertir una nuez en un auténtico banquete. Un trocito de papel, un Corán manuscrito, un monigote dibujado con cera morada: a veces hacían milagros con material semejante, por eso Driscoll no quería correr ningún riesgo. Su objetivo no estaba allí, y era una lástima, pero quizá lo que tenían allí aquellos tipos pudiera conducir a algo que a su vez les llevara a un objetivo interesante. Así funcionaba esto, aunque el sargento primero no se parara mucho a pensarlo. Aquello quedaba muy por encima de su puesto en el escalafón y su rango salarial. A él y a sus Rangers que les dieran una misión, y que otros se encargaran del qué, el cómo y el porqué.

Se dirigió hacia el fondo de la cueva, alumbrando con la linterna a su alrededor hasta que llegó al entrante que aquel fulano parecía empeñado en volar. Ahora pudo ver que era más o menos del tamaño de un vestidor, un poco más grande, quizás, y que tenía el techo bajo. Se agachó y avanzó un par de pasos dentro de él.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Tait, acercándosele por detrás.

—Un tablero de operaciones y un cajón de munición.

Un tablón de contrachapado de dos centímetros de grosor y unos dos metros de lado, cubierto con arena pegada y montañas y riscos de cartón piedra, y edificios cuadrados diseminados aquí y allá. Parecía una maqueta de colegio o un objeto sacado de una de esas viejas películas de la Segunda Guerra Mundial. Pero estaba muy bien hecho; no era una chapuza como las que solían verse entre aquellos tipos. La mayoría de las veces, aquellos fulanos pintaban un croquis en la arena, rezaban un rato y, hala, a luchar.

A Driscoll no le sonaba el terreno. Podía ser cualquier lugar, pero parecía tan agreste que muy bien podía estar allí mismo, lo cual no reducía mucho las posibilidades. Tampoco había puntos de referencia. Ni edificaciones, ni carreteras. Levantó la esquina del tablero. Pesaba mucho, unos treinta y cinco kilos, lo cual resolvía uno de sus problemas: imposible bajar aquel armatoste por la montaña. Era como un ala delta de cartón. A aquella altitud soplaba un viento del carajo: o lo perdían en una ráfaga de aire, o empezaría a aletear y los delataría. Y si lo partían, quizás estropearan algo de valor.

—Está bien, tomad algunas medidas y unas cuantas muestras y luego id a ver si Smith ha acabado de retratar a esos fulanos y poneos a hacer fotos de este armatoste cagando leches —ordenó Driscoll—. ¿Cuántas tarjetas de memoria tenemos?

—Seis. De cuatro gigas cada una. Suficientes.

—Bien. Quiero varias fotografías de cada cosa con la mayor resolución posible. Alumbradlo bien y poned algo al lado para que se vea bien la escala.

—Reno tiene un metro.

—Muy bien. Usadlo. Haced primeros planos y tomas desde distintos ángulos; cuantas más, mejor. —Eso era lo mejor de las cámaras digitales: que podían hacerse tantas fotos como uno quisiera y borrar las malas. En aquel caso, dejaría que los de inteligencia se encargaran de borrarlas—. Y registradlo pulgada a pulgada, por si hay alguna marca.

Nunca se sabía qué era lo importante. Driscoll sospechaba que muchas cosas dependían de la escala de la maqueta. Si estaba hecha a escala, quizá pudieran guardar las medidas en un ordenador, hacer cálculos algebraicos o algorítmicos, o los que hicieran falta, y dar con una correspondencia en alguna parte. A lo mejor aquel cartón piedra fuera especial, quizá se fabricara sólo en alguna tienducha de un callejón de Kandahar. Cosas más raras se habían visto, y Driscoll no pensaba dar motivo de queja a sus superiores. Bastante iban a cabrearse ya porque su objetivo no estuviera allí. Pero eso no era culpa suya. Los datos de inteligencia previos a una misión, buenos o malos, escapaban al control de un soldado. Aun así, el viejo dicho del Ejército, «la mierda corre cuesta abajo», seguía siendo cierto, y en aquel oficio siempre había alguien más arriba que tú, listo para darle un empujón a la bolita de estiércol.

—Eso está hecho, jefe —dijo Tait.

—Voladlo cuando acabéis. Ya que estamos, habrá que acabar lo que tendrían que haber hecho ellos.

Tait se alejó al trote.

Driscoll fijó su atención en la caja de munición; la cogió y la llevó al túnel de entrada. Dentro había una pila de papeles de siete centímetros de grueso (hojas de rayas cubiertas con escritura árabe y garabatos, y algunos números aquí y allá) y un mapa plegable de buen tamaño, con dos caras. Uno de los lados llevaba el encabezamiento «Mapa de navegación operacional, G-6, Agencia Cartográfica de la Defensa, 1982», y mostraba la región fronteriza entre Afganistán y Pakistán, mientras que el otro, sujeto con cinta adhesiva, era un plano de Peshawar arrancado de una guía de viajes Baedeker.